

que ella sea superficial y maligna; pero al menos no será apasionada. Yo he hecho para mí misma mil reflexiones, y escribo por dar gusto á una amiga. He escrito para los indiferentes, y advierto que los Jesuitas lo son para mí, cuanto pueden serlo la opresion, la virtud y los talentos, para una muger que se ha consagrado á la filosofia y á la humanidad. ¿Tendrá lectores esta mi produccion? Me lisongeo de que se me hará esta gracia. ¿Se me criticará por ella? Este honor es un objeto de mi ambicion. ¿Se dará crédito á lo que digo? Lo deseo, aun mas por la gloria de otros que por la mia.



NADIE TIENE RAZON.

TODA la Francia, y la mayor parte de la Europa tienen fijos en el dia los ojos sobre los Jesuitas, considerando su fortuna presente, y barruntando la que se les espera en adelante. La malignidad observa su conducta, la política su doctrina, la envidia su reputacion, y la amistad sus desgracias. Respecto de ellos no hay indiferencia: ó estimacion de los buenos, ú odio de los partidos. Nuestros Tribunales, nuestros Cafés y Tertulias resuenan con el nombre de la Compañia, de su Instituto, de su régimen y doctrina. Estoy pasmada de ver que no haya ueeva moda de escolietas á la *Busembaum* (1).

(1) Como este Jesuita, muerto casi un siglo antes, fué con que el que se armó mas alharaca el año de 1762 en Francia, sobre puntos de doctrina moral, conviene darlo á conocer, por el elogio que se hace de él en los *Fastos de la Compañia de Jesus* en el tomo I. al dia 31 de Enero, en que falleció: dice así. "Año de 1668. En Munster en Alemania, el P. Herman Busembaum, Aleman. Despnes de haber enseñado con el mayor esmero en las escuelas Humanidades, Filosofia, y Teología escolástica y moral, lo tomó por confesor

porque en tiempos en que la Compañía no era tan famosa, ya teníamos mitenes á la *Guirard*, y cabriolés á la *Jesuita*. Se acusa á estos hombres de que no son humildes; nosotros tenemos la culpa: tienen excusa para no serlo desde que los hemos hecho tan famosos. Désele á cualquiera ser objeto en que se ocupen seriamente las Cortes, la Iglesia, el Ministerio, los Tribunales, los púlpitos, los ociosos; hacer papel en las Gazetas y Mercurios, y llenar los intermedios del Rey de Prusia y de Monsieur de Broglie, á buen seguro no dejará de pensar que es algo; por lo que á mí toca, si me viese en este caso, no sé si me dejaría tentar de vanidad. Si consulto mi corazón, me dice, que la mayor desgracia que puede suceder á uno en este mundo, es vivir sin que nadie lo conozca; así como hacer un gran papel es la dicha, la recompensa, la prueba y la perfección del mérito.

„el Excelentísimo Príncipe y Obispo de Munster, cuya corte „ilustró con el ornamento de sus esclarecidas virtudes, y „con no menor ejemplo y fruto gobernó dos veces el Colegio „de esa Ciudad, y otra el de Heydeck. Pero nada lo hizo „tan célebre en el orbe literario, como la obra que dió á luz, „llamada: *Médula de la Teología Moral*, tan pequeña en volumen, como grande en erudición moral, la que casi otro „ninguno ha podido estrechar tan felizmente á tan reducido „compendio. Nada puede acreditar mas el valor de este libro, como su multiplicada reimpression en diversos reinos. „Sotuello en la Biblioteca de la Compañía (publicada en 1676). „afirma, que hasta esa fecha se habian hecho ya cuarenta y „seis ediciones.” ¿Y una obra tan mala, de una doctrina tan laxa y corrompida, pudo merecer tanto aprecio á los sabios? ¿Se habrán hecho una décima parte de estas ediciones de los *Extractos de las Aserciones*, con que se escandalizó á todo el mundo en el siglo pasado?—

No faltará quien se ria de una idea, que se me ha paseado mas de una vez por la imaginacion. Si hubiera Jesuitas de *Petit-bonet*, como dicen que los hay de levanta cuellos, de espada, de ropa talar y capa corta; si hubiera Jesuitas de todo sexo, como de toda clase, de todo pais, de todo estado y de toda religion; yo tendria mi cierta tentacioncilla de entrar en la Compañía, precisamente por hacerme un objeto en que se interesase el universo: por parecer persona y lucir en la escena. De cualquiera suerte, sin embargo, me presentaré en ella, si no como representante, por lo menos como Juez de los que representan. Examinaré en razon de muger filósofa las acusaciones y las defensas. Si quisiera yo cumplir con todo el mundo, diria, que todos tienen razon; pero el privilegio de nuestro sexo es que todos nos hagan la corte, y no hacerla nosotras á nadie. Si yo pretendiese atraerme uno de los dos partidos, sentenciaría resueltamente que uno de ellos procede sin razon; pero la divisa de la filosofia es la imparcialidad. Diré, pues, y lo probaré, que uno y otro carecen de razon; los enemigos de los Jesuitas en sus acusaciones, y éstos en sus defensas. ¿Podrá decirse que yo no la tengo tampoco en mi juicio? El tono de nuestro siglo, y de la nacion, van á ministrarme pruebas sin réplica; con ellas espero convencer á mis contrarios.

Un buen Juez debe examinarlo todo por sí mismo. Bajo este principio, he ojeado bien unas ciento y cincuenta obras en oposicion á los Jesuitas; pero ha-

biendo tanto que decir en su contra, ¿para qué recurrir á imposturas y calumnias? Se ha pretendido difamarlos y denigrarlos, y con todo no se ha usado del único oprobio odioso á nuestra nacion, y es el ridiculo. En mi entender, esto ha sido muy mal pensado, y no saber acomodarse á las magnificas ideas del día, y á los bellos principios del gran mundo. Así es que, en lugar de las retumbantes expresiones de *doctrina sanguinaria, moral relajada, Instituto abominable, gobierno despótico*, debia decirse, que los Jesuitas son *los ridiculos modernos con virtudes anticuadas*, y pintarse como hombres, cuyas particulares costumbres son la censura de las costumbres universales, y capaces con su ejemplo de impedir la dichosa revolucion, que se halla al punto de declararse á favor de nuestras pasiones. Si esto se hubiera hecho, yo aseguro no se habrian escapado del menosprecio de los sábios, y acaso ni de la risa que ya vemos asomarse en el bajo pueblo; pues sin duda queremos mas bien condenarlos á ellos, que á nosotros mismos. Acúsense de inquietar al universo con los sediciosos gritos de *Infierno, de conciencia, de otra vida*; este artículo de acusacion es tan enorme y verdadero, que no admite disculpa, ni necesita pruebas, y al solo escucharlo es forzoso exclame todo el mundo: ¿qué pretenden estas buenas gentes, esparciendo todos los días, y en tan multiplicadas maneras, unos terrores, bastantes á alterar el reposo público? Citense ante los Tribunales de la razon y de la humanidad, co-

mo reos de haber sustituido á ciertos nombres tan sagrados á nuestro siglo, y tan propios á producir la tranquilidad, la confianza, el orden, la tolerancia y todos los bienes, aquellos tan antiguos y desautorizados, que la nacion aun balbuciente, gustaba de pronunciar en los días de su infancia y credulidad; voces proscritas del vocabulario moderno, es decir, *Iglesia, Papa, Roma, autoridad, sumision, obediencia*, que lastiman las orejas verdaderamente filosóficas: ¿Dejará uno solo, y yo la primera, de pronunciar contra ellos sentencia de proscricion, haciendo este importante servicio á la libertad universal? Que se diga: *Mientras existan los Jesuitas en Francia habrá en ella una Religion*; mas agréguese, como lo ha dicho antes que yo un político famoso (Carvallo): *La Religion es la ruina de los Estados; por consiguiente, los Jesuitas serán la ruina de Francia; y conviene destruirlos para no perder el Estado*. Con discursos tan convincentes en la lógica patriótica; ¿no se rendiria todo corazón legitimamente ciudadano? ¿no se entregaria con la mayor voluntad á razonadores tan filósofos? Lo mejor de todo es, que nada de esto necesita prueba, su evidencia salta á los ojos, lo que basta para proscribir á los Jesuitas, con unánime consentimiento de todo hombre pensador, sin necesidad de inventar nuevas acusaciones, ni recurrir á las antiguas.

Ahora bien: ¿podrá creerse? Yo admiro aqui la política anti-jesuítica. Los medios que ha tomado para exterminarlos, son cabalmente aquellos mismos que bas-

tan para dejarnos tambien á nosotros sin honor. Nuestro siglo; sí, este siglo criado para dar el tono y reformar la manera de pensar y de hablar de todos los que lo han precedido, se ha reducido á ser el miserable éco de los tiempos bárbaros y fanáticos. Se ha incurrido en la vileza de reproducir contra los Jesuitas, quanto se habia dicho hace doscientos años por los Luteranos, los Calvinistas, etc.; de suerte, que no lo creyera si no lo hubiese visto por mis mismos ojos: para responderse acusaciones hechas en 1761, se ha reimpresso una justificacion escrita en 1625. Esto me enfurece, y me avergüenzo de pensarlo. Pues qué; ¿es posible se ha de decir, que siendo nosotros en todos los climas, inventores y originales, cuando se trata de Jesuitas somos únicamente traductores y copistas? ¡Posteridad justa y desinteresada! ¡con quanto pesar veo que tenemos que comparecer á tu vista, cubiertos de oprobios.....! Si por lo menos pudiera llegar á tu noticia la protesta solemne que hago: si llegas á saber mi nombre; no olvides que una muger filósofa se cubrió de rubor por hombres que se jactan de serlo. No, no me cansaré de repetirlo: ¿cómo espíritus fuertes y libres para desaprobare en nuestros antepasados el modo de pensar, adoptamos servilmente su manera de maldecir? ¿Han de vanagloriarse los Jesuitas, del singular honor de haber apurado á los Franceses el génio de la invencion?

Se me dirá, por ventura, que esto es lo que pasa en las modas, que desaparecen un tiempo, y luego

vuelven á parecer. ¡Si ignoraria yo la réplica! Basta dar una ojeada, no á la historia, no á las pinturas antiguas, sino solo á mi tocador y á mi espejo; ¿pero qué importa? La pura imitacion es vergonzosa; y cuando se reproduce lo antiguo, es menester que se haya olvidado, y se le dé un nuevo lustre. Si se solicita ver en esta materia algo nuevo: ¿por qué no hacen tambien los Jesuitas algunos nuevos disparates para dar á sus acusadores el gusto de que puedan decirles, que tienen el mérito de inventores, y la estimacion de la novedad? Ellos son siempre los mismos, y por eso no se les puede perdonar: ¿será ésta, acaso, la justa queja de la nacion? Digaseles entonces con claridad: ó variad de conducta como nosotros, ó no vivais con nosotros, porque es evidente sois malos Franceses, pues no os mudáis á cada hora.

Temo que se han de reir de mí, si cuento hasta donde me he dejado llevar de mis reflexiones, viendo los motivos sobre que se pretende fundar la proscripcion de los Jesuitas; sin embargo, nada quiero disimular: y confieso ingenuamente, que toda mi filosofia se desconcierta y cae por tierra cuando los medito con alguna atencion. ¿Qué es lo que miro? me digo á mí misma. El dia de hoy nos burlamos de lo que hace cien años se creía con toda seriedad y como artículo de Fé; esto es, "que nosotros somos justamente castigados por el pecado del primer hombre, padre comun de todos los demás hombres: que uno solo fué causa de la reprobacion y de la

„desgracia de todos: que llegará un día en que saldré-
 „mos del polvo de los sepuleros para ser citados y juz-
 „gados segun *nuestras obras*; y qué se yo que más.” Los buenos de nuestros abuelos creían todo esto á pu-
 ño cerrado, sobre el universal testimonio de diez y
 siete siglos; pero por fortuna nuestra, y para bien de
 nuestras pasiones, se ha demostrado finalmente, como
 tres y dos son cinco, que esto no puede ser. Voltaire
 re lo asegura en una carta en verso, Diderot en un
 papel suelto, el Abate de** me lo repitió veinte ve-
 ces cuando yo tenia una cara de primavera, y aun
 mis tertulianos me juraban la otra semana, que no
 era posible, por más que digan Monseñor el Arzo-
 bispo y el Cura de San Sulpicio, y por lo tanto po-
 dia ya desechar todo género de duda. ¿Un espíritu
 que discurre con exactitud, podia dejar de quedar se-
 guro, y muy seguro, sobre este punto? Nada menos;
 pero las cosas mudan de semblante. La conducta que
 hoy se guarda con los Jesuitas, ha hecho vacilar mi
 filosofia; y tan lejos de respetar, como era debido, á
 las brillantes antorchas que nos han ilustrado plena-
 mente, no necesito ya que se me demuestre no ser
 verdadera la antigua creencia, sino que es imposible
 que no lo sea. Vamos al caso.

Hoy se presenta en la palestra un nuevo Adán, *Bu-
 sembaum*, con una numerosísima posteridad, los Jesui-
 tas que nacieron despues de él. Aquel fué engañado, no
 por un Angel de tinieblas, sino por el mismo Angel
 de las Escuelas. Así, pues, todos los Jesuitas son cul-

pables, piensen, ó no piensen como él. ¿La propaga-
 cion del pecado original no viene á parecerse á esto,
 segun los principios cristianos? ¿Qué se quiere á vis-
 ta de esto, que yo crea y responda? Confieso de bue-
 na fé, que si no estuviera tan cimentada como estoy en
 la sana filosofia, corria peligro de pensar como piensa
 el pueblo. La fortuna es, que solo el nombre de espí-
 ritu popular me horroriza; pero el pueblo no tiene el
 entendimiento tan ilustrado como yo, y el tiempo dirá
 si la condenacion de todos los Jesuitas por el error de
 uno, no lo autoriza para creer como posible y justa la
 de todos los hombres por el pecado de uno solo.

Veinte años há que resido en esta famosa Capital, y
 hasta ahora no he disfrutado del espectáculo que hoy
 se me presenta. Colocada en la atalaya de Meudon,
 no se diria sino que estoy viendo el Valle de Josafat.
 Los Jesuitas desde su establecimiento vivian tranqui-
 los y estimados, en los ojos mismos de la justicia, bajo
 la proteccion de los Reyes y la salvaguardia de las le-
 yes: en un instante varía el teatro: suena la trompeta,
 y principia la resurreccion. Treinta y tres muertos de
 diversas naciones y lenguas, Alemanes, Flamencos,
 Italianos, Españoles, con uno ó dos Franceses para
 autorizar la asamblea é interesar mas la atencion, salen
 momentaneamente de entre los gusanos, y del polvo en
 que yacian por cien años sepultados. El portento no
 ha sido general, se han respetado las cenizas de otra
 infinidad de culpados, de toda ropa, de todos estados,
 de todos tiempos. Sea en hora buena; ni ellos cayeron

bajo la grande escala, ni los Jesuitas nacieron para ser confundidos con la multitud (1). El 6 de Agosto de 1762, fué el gran dia del juicio y de las venganzas, precediendo temblores de tierra en Portugal, guerra en toda la Europa, y hambre en la mayor parte de las colonias: lo que no he llegado á saber es, dónde estará el Aute-cristo, aunque no puede menos de ser Jesuita. Resucitados, pues, los muertos, son llamados á juicio, para recibir, *conforme á sus Obras*: encendido el fuego, son condenados todos instantaneamente, y con una sola palabra arrojados á las llamas y convertidos en pavesas, sin perdonar á uno solo, ni aun al V. Cardenal Belarmino, cuya beatificacion se halla muy adelantada. Toda reflexion es aquí inútil; pero se me disimulará una que llama mi atencion. Despues de lo que se ha hecho; ¿con qué cara nos burlaremos del *juicio último*, y del exámen de las *obras*? Cuando estamos viendo con nuestros ojos, que los muertos resucitan al cabo de dos siglos de podredumbre y disolucion, y que un descuido, un yerro, un renglon, una palabra merece el

(1) El siglo XIX. es hijo legítimo del XVIII. y los filósofos de *marras*, digno prototipo de los de *ogaño*. En 1762 resucitaron Busembaum, Suarez, Lessio, Sá, etc. á ser juzgados por hombres ignorantísimos, embusteros y falsificadores: en 1841 tocó su vez de resucitar á Palafox, Cárdenas, Mariana, Pascal ect. para servir de acusadores. ¿Para otra vez que se ofrezca, quiénes saldrán del sepulcro? Calvino, Lutero, Jansenio, Ricci, ect., y desde ahora aseguramos, que si cien ocasiones se trata el asunto de Jesuitas, otras tantas sonará la gran trompeta (*Tuba Magna*), y vomitará el abismo millares de *Documentos*. ¿Y los que puedan ser favorables á la Compañía? Esos pueden quedarse en el otro mundo, que para nada los necesitamos aquí. ¡Viva la *ilustracion!* — T.

fuego y la maldicion, cual si fuese un sistema formado de blasfemias y errores teológicos; ¿no es cosa bien ridícula nos quede un pretexto decente para declarar injusto y pueril, lo que se nos predica del Infierno, en donde una flaqueza se castiga con un fuego abrasador? Véase el estado á que nos hemos reducido: conviene callar, pues se nos ha privado de los mas fuertes argumentos. Por el placer de arruinar á los Jesuitas, y por tal de avergonzarlos, nos han destruido los principios de la mas sana filosofia, se han embotado nuestras mejores armas, y por hacerles á ellos un superficial rasguño, habernos traspasado á nosotros de parte á parte.

Vaya otra imputacion, que viene á estrellar igualmente nuestros principios modernos: *la Moral de la Compañía*. Si se me dijese: hay en Francia cierto partido, que no habla sino de *severidad, rigor, apremio*; que reduce el alma á los límites de una estrecha servidumbre; que apenas le deja una sombra de libertad; que se dirige nada menos que á hacer reinar la violencia y la hipocresia: si esto oyese, clamaría voz en cuello con todos los amantes de la libertad: muera, muera ese partido, destierrese del mundo y aniquilese, porque no veamos perecer nuestra mas dulce existencia, aquella dichosa libertad de saber y disimular, que es el ídolo de nuestro corazon y de nuestro siglo; pero véase como se discurre. Los Jesuitas, se dice, son humanos; nosotros nos preciamos de ser, y solo de ser, hombres: luego

conviene exterminarlos. ¿Puede darse mas inconse-
cuente consecuencia?

La Capital, que es la que dá á las Provincias el tono del lenguaje, de las modas y de las diversiones, ha querido darles tambien su opinion acerca de los Jesuitas (1). No pretendo disputarle sus derechos. Solo en Paris se piensa bien, porque en Paris solamente se discurre, de lo que me ha convencido mi propia experiencia. A los tres dias de estar en Paris, me hallé desimpresionada de treinta años de preocupaciones cristianas y provinciales, y no puedo, sin incurrir en la mas negra ingratitud, negarle á la capital el soberano poder de dar leyes sobre las ideas y sobre los gustos. Ahora bien; se entró en el proyecto de hacer una revolucion general en los ánimos: proyectó grande y digno de nuestro siglo. Para este fin era indispensable ir preparando los espíritus, para que mirasen como monstruos á aquellos mismos Jesuitas, que por doscientos años se habian admirado como ciudadanos laboriosos, hábiles, útiles, dedicados á las ciencias y al servicio del público: ¿mas qué medio se tomó para tan súbita y horrorosa trasformacion de sentimientos y de ideas? No es fácil comprenderlo. Se llenaron volumenes enteros de

(1) En nuestro pais ha sucedido, respecto de esta opinion, todo lo contrario. En las Cortes españolas en 1810, un Diputado de *Nueva Granada*; en 1822 la Ciudad de *Veracruz*; en 1841 la Junta departamental de *Chihuahua*, contrariaron el restablecimiento de los Jesuitas.... Si se solicita otra vez, ¿será extraño en las leyes del progreso, se opongán los célebres legisladores de Padilla?—T.

textos de autores de los tiempos antiguos, para presentarnos unos cuadernos á la rústica, que mil veces se toman y otras tantas se dejan de las manos con hastio, y no se ve la hora de llegar al fin. ¿Pudo pensarse cosa peor! ¿Qué no habia cosa mas nueva y divertida que decirnos? ¿Es posible que no hay genio ni fantasia, sino para fastidiarnos? ¿No hubiera podido componerse una novela de un Colegio de la Compañia, (1) una jácara ó romance, ó una comedia de buen gusto? ¿No habria sido esto mas fácil é ingenioso, que trasfigurar un Instituto monástico en código de impiedad? ¿Si tanto costaba la invencion, no se tenia un modelo en los gracejos de las *Provinciales*? Por lo menos nos hubieramos divertido, y una cómica que se hubiese captado la benevolencia del público, habria desacreditado mas á los hermanos de *Busembaum*, que todos los abogados del Reino. Jamás se piensa sólidamente, sino despues de persuaciones hermosas, hechas con estilo gracioso y atractivo, ni la flor de la verdad se abre en nuestros lábios sino sonriéndose; pero convidarnos con un latin afrancesado semi-gótico, esto lastima las orejas delicadas. ¿No se tendrá un poco de mas compasion con nosotras, que en todo caso somos el primer Tribunal de la moda? ¿Solamente disfrutarán de la inocente diversion de murmurar cierta especie

(1) Lo que no se hizo entonces, se ha hecho ahora. Da risa ver la nueva novela de las *Memorias de un Jesuita joven*, ó *Historia de la revolucion de Monte Rojo*: ¡y luego se dirá que nuestro siglo no progresa!—T.